recibe. *(Dale una de las que le dió el Marqués.)*

ENCINAS. Señor, ¿es fina?

D. FERNANDO. ¿No lo parece?

ENCINAS. En el pobre
pasa el oro por alquimia.

D. FERNANDO. Si quien me la dió supieras,
su valor no dudarías.

ENCINAS. ¿Fué mujer?

D. FERNANDO. No, sino un hombre
á quien le debo la vida.

ENCINAS. ¿Cómo, señor?

D. FERNANDO. Más espacio
quiere el caso. Agora mira
si puedo, porque me importa,
hablar á Flor.

ENCINAS. ¿No decías
que renunciabas su amor?

D. FERNANDO. Y otra vez lo digo, Encinas.
Otro es mi intento.

ENCINAS. Pues entra;
que agora no hay quien lo impida;
que no tienen más criado
que á mí. Sal presto y evita
el peligro de su hermano;
que yo me pongo en espía.

D. FERNANDO. Ardiendo y temblando llego
á mi adorada enemiga;
que si mis celos me enojan,
su enojo me atemoriza. *(Vanse.)*

Sala en casa de Don Diego

ESCENA VIII

DOÑA FLOR, y luégo DON FERNANDO

D.ª FLOR. ¿Es posible que el Marqués
ni me vea ni me escriba?

¡Cielos! ¿Se venga celoso,
ó agraviado se retira? *(Sale don Fernando.)*
¿Qué es esto? ¿Quién es?

D. FERNANDO. Es, Flor,
quien de lo que ser solía
sólo tiene la memoria,
porque de infierno le sirva.

D.ª FLOR. ¿Es don Fernando?

D. FERNANDO. ¿Hasta agora,
cruel, no me conocías?
¿Tan del todo tu mudanza
de mi firmeza te olvida?
¿Es posible que en un pecho
á quien noble sangre anima,
ya que la mudanza cupo,
quepa también la mentira?
Falsa, ¿por qué me engañaste?
¿Por qué el infelice día
que tras de tantos de ausencia,
llegué más firme á tu vista,
no me distes desengaños,
que remedian, si lastiman,
aprovechan, aunque ofenden,
y aunque atormentan obligan?
Hiciéraslo, si me quieres,
porque guardase la vida,
y sino, porque dejasen
de cansarte mis porfías.
¿Fué más cordura obligarme
con tus palabras fingidas
al peligro en que me viste,
y á la desgracia que miras?
Mas ¿cómo fueras ingrata?
cómo fueras enemiga,
cómo mujer, si no fueras
contraria á la razón misma?

D.ª FLOR. Basta, don Fernando, basta;
que te engañas si imaginas,
anticipando tus quejas,
cerrar el paso á las mías.

Si tú me cumplieras, falso,
la palabra prometida,
mi fama y tu amor gozaran
más quietos y dulces días.
El secreto me juraste,
y al primer lance, perdida
ó la memoria ó la fe,
¿me ofendes y lo publicas?

D. FERNANDO. ¿Yo lo he publicado?

D.ª FLOR. Sí;
que lo mismo es que lo digan
las obras que las palabras.
¿Tu lengua, aleve, podía
decir más claro tu amor,
que lo dijo vengativa
tu espada, locos tus celos,
precipitadas tus iras?

D. FERNANDO. ¡Bien por Dios! Lo que hice yo
por obligar, ¡desobliga!
Para disculpar las tuyas
¿finges, falsa, culpas mías?
Saqué la espada callando,
puse á peligro la vida
por no descubrirme á quien
conocerme pretendía,
sólo por guardarte así
el secreto, ¡y tú lo aplicas
á lo contrario! ¡Qué clara
se conoce tu malicia!

D.ª FLOR. Evitaras el peligro,
pues la resistencia vías,
que á mayor publicidad
daba ocasión tan precisa.
Dejaras el puesto, huyeras;
que pues no te conocían,
nada perdieras en ello.

D. FERNANDO. Sin duda mi sangre olvidas.
Ser secreto prometí,
no cobarde; que no había
de aceptar quien nació noble

cosas que lo contradigan.
No importa no conocerme;
que yo á mí me conocía,
y la mesma sangre noble
es fiscal contra sí misma.
Y si tú me conociste,
¿qué más ocasión querías?
¿Hay más mundo para mí?
Hay más honra? Hay más estima?

D.ª FLOR. Conmigo nada perdieras,
si por mi opinión lo hacías.

D. FERNANDO. Conocida era la fuga,
la intención no conocida;
y acción que es mala por sí,
en duda la aplicarías
á lo peor: claro está;
que conozco mi desdicha.
Y dada ya la sospecha
de que tu amor merecía
quien contigo á tu ventana
de noche hablaba, ¿no miras
que á nadie infamara más,
huyendo yo, que á ti misma,
pues con causa te acusaran
de que á un cobarde querías?
¿Ves mi razón? Ves tu afrenta?
Ves cómo quedas vencida?
Ves cómo de culpas tuyas
hoy nacen las penas mías?
Tus engaños cometieron
el delito que me aplicas;
que á no tener otro amante,
y á no decir, fementida,
que eras quien fuiste, no hubiera
sucedido esta rüina.

D.ª FLOR. ¿Yo otro amante?

D. FERNANDO. Y aun querido;
que nadie, sin que le admitan,
celoso guarda la calle,
furioso arriesga la vida.

D.ª FLOR. Desdeñado un poderoso,
convierte el amor en ira.
D. FERNANDO. En vano para conmigo
falsas disculpas maquinas.
Quédate por siempre, ingrata,
liviana, aleve, fingida,
mudable, tirana, fiera,
tigre hircana y sierpe libia;
quédate; que sólo vine
á exhalar las llamas vivas
que, de tu ofensa engendradas,
dentro de mi pecho ardían,
con decirte sola á ti
tus infamias, tus mentiras,
mudanzas y liviandades,
ya que el ser quien soy me priva
de romper, con publicarlas,
la palabra prometida;
que yo ofendido la guardo,
y tú obligada la olvidas;
y así para no ver más
falsedades tan indignas
de quien eres y quien soy,
no me verás en tu vida. *(Quiere irse.)*
D.ª FLOR. Véte, ocasión de mis males,
véte, y los cielos permitan
que ni el eco de tu nombre
vuelva otra vez á Sevilla.
D. FERNANDO. ¡Cómo, traidora, te huelgas
que de tu amor me despida!
¿Mi nombre ofende tu oído,
y mi presencia tu vista?
Pues vive Dios, que por eso,
aunque arriesgara mil vidas,
he de ser eternamente
una sombra que te siga,
porque me vengue en lo mismo
con que á venganza me incitas.
D.ª FLOR. Pues yo, si en eso te vengas,
sabré hacer...

ESCENA IX

ENCINAS. — Dichos

ENCINAS. Señora, mira
que viene tu hermano.
D.ª FLOR. ¡Ay triste!
véte, Fernando.
D. FERNANDO. Enemiga,
tu muerte y la mía espero.
ENCINAS. Pues duélete de la mía.
Véte, señora, á tu cuarto,
y tú, señor, te retira
á mi aposento.
D.ª FLOR. ¿Veré,
antes que muera, algún día
que por tu causa no tenga
alborotos y desdichas?
D. FERNANDO. Y yo ¿sin mudanzas tuyas
veré alguno? *(Vase doña Flor.)*
ENCINAS. Señor, mira
que llega don Diego.
D. FERNANDO. Llegue,
y á sus manos vengativas
muera yo, Encinas, primero
que á las de su hermana viva.
ENCINAS. Acaba; que á toda ley
es bueno guardar la vida. *(Vanse.)*

Sala en casa de doña Ana

ESCENA X

DOÑA ANA, INÉS

D.ª ANA. ¿Hácete Flor soledad?
INÉS. Mal puedo, señora mía,
sentirla en tu compañía.

D.ª ANA. Pagas, Inés, mi amistad.
INÉS. Sólo siento la tristeza
que con mi ausencia padece.
D.ª ANA. Á fe que no la merece.
INÉS. Es pensión de su belleza:—
pero ya viene el Marqués.
D.ª ANA. Bien su palabra ha cumplido.

ESCENA XI

EL MARQUÉS.—Dichas

MARQUÉS. Alegre y desvanecido
vengo á serviros.
D.ª ANA. Los piés
os beso por tal favor.
MARQUÉS. Comenzad pues á mandarme;
que si queréis obligarme
ese es el medio mejor.
Pedido me habéis que os vea:
advertid, doña Ana hermosa,
que no ha de ser para cosa
que muy difícil no sea.
D.ª ANA. La nobleza y cortesía
que en vos celebra la fama,
porque es mujer la que os llama,
disculpara su osadía;
y eso mismo me asegura
que tendrá en esta ocasión
efeto mi pretensión,
y mi esperanza ventura.
Señor Marqués, doña Flor,
en cuyo constante pecho
inhumano estrago han hecho
vuestra ausencia y vuestro amor,
como os habéis retirado
tan del todo de sus ojos,
que aun no alivia sus enojos
de parte vuestra un recado,

está oprimida de suerte,
de pesar y sentimiento,
que perdido el sufrimiento,
pide el remedio á la muerte.
Yo, que estimo su amistad,
y en vuestra nobleza fío,
he tomado á cargo mío
amansar vuestra crueldad.
Merezca una vez siquiera
veros el rostro, por ser
vos noble y ella mujer,
y yo, Marqués, la tercera.
MARQUÉS. *(Ap.* ¡Ay Flor! bien saben los cielos
que á tantos rayos de amor,
á no resistir mi honor,
no resistieran mis celos.
Dí mi palabra; ¡maldiga
el cielo al necio imprudente
que con enojo presente
á lo futuro se obliga!)
Señora, lo que pedís,
á ser difícil lo haría;
mas es, por desdicha mía,
imposible.
D.ª ANA. ¿Qué decís?
MARQUÉS. Digo...

ESCENA XII

DON DIEGO y ENCINAS, quedándose á la puerta, sin ser vistos.—Dichos

ENCINAS. Pues señor, ¿así *(Ap. á don Diego.)*
te cuelas?
D. DIEGO. Ya á la impaciencia
se rindió la resistencia.
Mas el Marqués está aquí.
ENCINAS. En Cantalapiedra has dado.
D. DIEGO. Quedo. Pues no me han sentido,

quiero aplicar el oído;
que á celos toca el cuidado.

MARQUÉS. Según esto, no os espante
mi resolución.

D.ª ANA. Señor...

MARQUÉS. Tratarme agora de amor
es ablandar un diamante.

D.ª ANA. Acabad; cesen enojos:
no puedan tanto los celos.

D. DIEGO. *(Ap.)* ¡Por Dios, que le ruega! ¡Cielos!
¿Tal llegan á ver mis ojos?

MARQUÉS. Doña Ana, en vano os cansáis.

D.ª ANA. ¿Rogado os endurecéis?
No á la sangre que tenéis
la condición conformáis.

D. DIEGO. *(Ap.)* Ello es cierto.

MARQUÉS. Lo que os pido
es que no me tratéis más
de esa materia.

D.ª ANA. Jamás
me hubiera yo persuadido;
si no lo llegara á ver,
y aun lo dudo aunque lo toco,
que con vos puedan tan poco
los ruegos de una mujer.
¿No daréis, Marqués, lugar
á las disculpas siquiera?

INÉS. Esto es justo.

MARQUÉS. Yo lo hiciera,
si me podiera mudar.

D.ª ANA. ¡Maldiga Dios á don Diego,
que á una determinación
tan cruel dió la ocasión!

ENCINAS. ¿Oyes esto, señor? *(Ap. á don Diego.)*

D. DIEGO. ¿Luego
el Marqués por celos míos
la trata con tal rigor?
Ahora bien: ya que el amor
no ayuda mis desvaríos,
á un engaño me apercibo

con que, pues no soy dichoso,
lo que no alcance amoroso,
alcanzaré vengativo.
Aquí me importa que dés
á entender que eres criado
del Marqués.

ENCINAS. Ese cuidado
me deja, que fácil es;
que pues hasta aquí por tuyo
no me conocen, saldré
con él, y así pasaré
plaza de criado suyo.

D. DIEGO. Pues al punto que él se ausente
vuelve á entrar, y de su parte
estos doblones reparte *(Dale un bolsón.)*
en la familia sirviente
de doña Ana; y al que fuere
más codicioso dirás
que el Marqués le ofrece más,
porque esta noche le espere
á la puerta de doña Ana;
que á deshora quiere hablalle:
y el secreto has de encargalle.

ENCINAS. No será tu industria vana
por mi parte.

D. DIEGO. Bien de ti
sé lo que puedo fiar.
Yo quiero, por no causar
sospechas, irme de aquí,
pues no me han visto. *(Vase.)*

D.ª ANA. Bien sé
que á doña Inés de Aragón
servís ya.

MARQUÉS. Y en su afición
vive contenta mi fe;
mas con todo, si pudiera,
os dejara más gustosa.

D.ª ANA. Nunca os pediré otra cosa,
pues he errado la primera.

MARQUÉS. ¿Qué decís? Perdón os pido,

y que os quejéis de esa suerte,
si en mí pudiera la muerte
lo que vos no habéis podido. *(Vase.)*

ESCENA XIII

DOÑA ANA, INÉS, ENCINAS

D.ª ANA. ¡Terrible rigor!
ENCINAS. Inés,
quédate con Dios.
INÉS. ¿Aquí
estabas, Encinas?
ENCINAS. Sí;
que vine con el Marqués.
INÉS. ¿Pues qué? ¿Le sirves?
ENCINAS. Y soy
quien priva más en su pecho.
D.ª ANA. Díme, Encinas, ¿qué se ha hecho
don Fernando de Godoy?
ENCINAS. *(Volviéndose hacia la puerta.)*
¿Qué? ¿Me llama el Marqués? Sí,
ya voy. ¡Qué presto me echó
menos! Juráralo yo:
no vive un punto sin mí.
Perdonad; hasta otro día. *(Vase.)*
D.ª ANA. Buen gusto tiene el Marqués.
INÉS. Siempre con señores es
feliz la bufonería. *(Vanse.)*

Sala en el real alcázar

ESCENA XIV

DON PEDRO

¿Negocio tiene conmigo,
cuando le da la afición

de doña Inés de Aragón
en mí un oculto enemigo?
Él la sirve y yo en secreto
la gozo y he de callar,
no se venga á sospechar
el delito que cometo.
¡Gran tormento! Mas él viene.

ESCENA XV

EL MARQUÉS.—DON PEDRO

MARQUÉS. ¡Señor don Pedro!
D. PEDRO. En cuidado,
señor Marqués, un recado
de parte vuestra me tiene.
¿Hay en qué os sirva?
MARQUÉS. Creed
que pago vuestra amistad,
y sé con la voluntad
que en todo me hacéis merced.
Hoy ha llegado un correo
(ya lo sabréis) de Granada,
de la muerte desdichada
de don Miguel Carabeo,
nuestro general valiente;
y al punto, para ocupar
tan importante lugar
hallé que era conveniente
vuestra persona: mirad
si os disponéis á acetallo,
porque quiero consultallo
luégo con su majestad.
(*Ap.* Con este piadoso medio
quiero dilatar su muerte;
porque entre tanto la suerte
le disponga otro remedio.)
D. PEDRO. (*Ap.* Darme lo que yo no pido,
no teniéndole obligado,

cuando sé que á nadie han dado
cargo que no haya pedido,
no es por bien. ¿Qué fin tendrá
en ausentarme el Marqués?
Celos no de doña Inés;
que oculto mi amor está.
Mi poder y su mudanza
teme sin duda; alejarme
quiere del Rey por cortarme
el hilo de mi privanza.)
Conozco la obligación,
Marqués, en que me ponéis;
mas advertid que daréis
de quejas justa ocasión,
dándome lo que podrán
pretender mil caballeros
cuyos valientes aceros
terror á los moros dan.
Yo vivo alegre en mi estado:
ni más grande ni más rico
quiero ser, y así os suplico
me tengáis por excusado.

MARQUÉS. (*Ap.* ¡Triste de vos, que os perdéis!)
Esto al servicio conviene
del rey.

D. PEDRO. Sin número tiene
soldados en quien podéis,
tan bien como en mí, el bastón
emplear.

MARQUÉS. Decid, ¿en quién?

D. PEDRO. En el señor de Bailén.

MARQUÉS. Parte á servir á Aragón.

D. PEDRO. En don Sancho Marmolejo.

MARQUÉS. Lleva á Francia la embajada.

D. PEDRO. En don Francisco de Estrada.

MARQUÉS. Está enfermo y es muy viejo.

D. PEDRO. En don Fernando Manrique.

MARQUÉS. Ocupaciones forzosas
son las suyas en las cosas
del infante don Enrique.

Yo, en fin, lo he mirado bien;
no me arguyáis; aceptad
el cargo y mi voluntad,
y advertid que os está bien.

D. PEDRO. Más parece que os conviene
á vos, según me apretáis.

MARQUÉS. En eso no os engañáis;
que quien es mi amigo tiene,
don Pedro, en mi corazón
tanta parte, que deseo
como propio lo que veo
que ha de aumentar su opinión.

D. PEDRO. Yo agradezco la amistad:
pero os advierto, Marqués,
que para mí no lo es.

MARQUÉS. (*Ap.* ¡Oh quién pudiera!...) Mirad
que os aconsejo...

D. PEDRO. No habléis
misterioso. (*Ap.* En su porfía
crece la sospecha mía.)
Y para que no os canséis,
por último desengaño
digo que estoy satisfecho
de que trazáis mi provecho;
pero yo quiero mi daño.

MARQUÉS. (*Ap.*) Cuanto resiste obstinado,
tanto piadoso deseo
remedialle, porque veo
que yerra de enamorado.

D. PEDRO. ¿Mandáis otra cosa?

MARQUÉS. En esto
pido solo que os miréis,
y adiós.

D. PEDRO. (*Ap.*) Pues vos me queréis
quitar del dichoso puesto
en que con el Rey estoy,
yo del vuestro os quitaré.

MARQUÉS. (*Ap.*) De la muerte os libraré,
ó no seré yo quien soy.